

## UN VISTAZO AL ESCENARIO

---

Antes de entrar en materia de cómo se vivía en el campo, o más concretamente, cómo se vivía en los cortijos aislados del campo hace medio siglo, considero conveniente aclarar al lector, que la descripción de usos, costumbres y comportamientos, se refiere a las habituales en aquel tiempo pasado en una comarca determinada.

La comarca en cuestión es la zona de territorio que abarca parte del norte de la provincia de Almería y una porción del sur de la provincia de Murcia, comprendiendo en parte, o en todo, los términos municipales almerienses de Mojácar, Vera, Cuevas, Pulpí y Huércal Overa, y los murcianos de Águilas, Puerto Lumbreras, Mazarrón y, por supuesto Lorca que es en cierto modo la cabecera capital de esta extensa comarca.

La porción de territorio encerrada en este perímetro mide algo más de tres mil kilómetros cuadrados de superficie y, pese a pertenecer a dos provincias y a distintos términos municipales, constituye de hecho lo que podríamos llamar una unidad geográfica, económica y étnica, de rasgos muy

uniformes y característicos. El origen de esta unidad lo determina en primer término el relieve del terreno, que permite la comunicación directa de todos los municipios mencionados sin la menor dificultad; es decir, sin tener que cruzar ninguna barrera de montañas que frenen el contacto: el puerto más alto no pasa de los quinientos metros.

En segundo lugar, y aparte de los lazos históricos comunes, esta unidad está también fuertemente influenciada por la climatología de la zona, que impuso siempre un condicionamiento especial a la agricultura y a la ganadería y, por ende, a las personas que de ellas dependían económicamente. Debido a estos condicionamientos de tipo climatológico, en el campo de esta comarca se desarrollaron unas costumbres, unos usos y unas normas de convivencia más o menos uniformes en todo su ámbito, pero muy peculiares y diferenciadas de las que imperaban en otras comarcas limitrofes.

De esas costumbres, o de ese estilo peculiar de vida de la gente que vivía en el campo de esa comarca hace medio siglo y más, vamos a tratar en esta

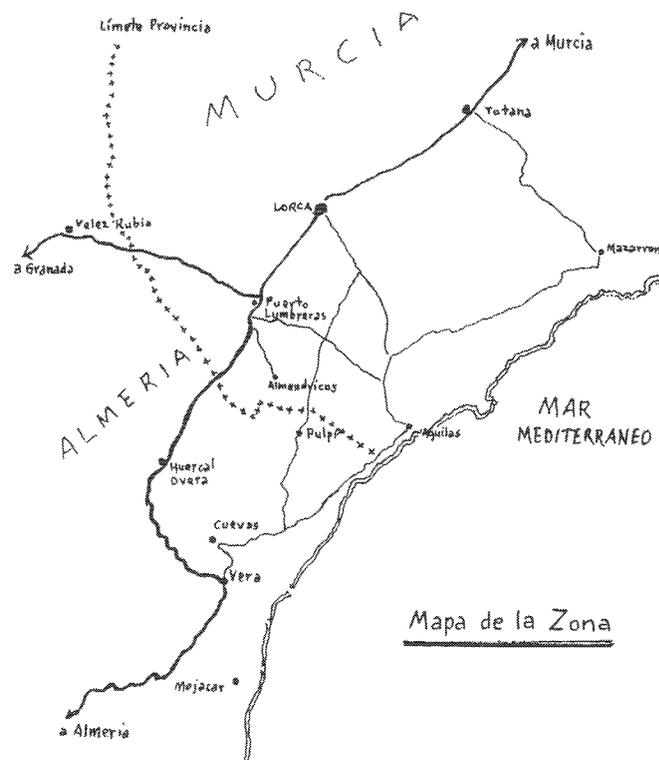
“Crónica de Secano”, que en esencia van a ser como una mirada al pasado para recrear un ambiente que ya no existe, porque ha desaparecido el calor humano que lo sustentaba. Hoy lo que se describe en estas crónicas es un escenario vacío; completamente vacío de actores.

Pero hablemos del escenario.

La comarca en cuestión se caracteriza, y se ha caracterizado siempre, por su extrema sequedad. Es la zona de España donde menos llueve, con una media anual de precipitaciones que no llega a los 300 milímetros. Y cuando llueve, suele ser de forma anárquica y disparatada, dando la impresión de que las nubes, las escasas nubes que sobrevuelan la zona, llevan siempre prisa de cumplir su cometido y marcharse a otra parte, de tal forma, que en la mayoría de los casos sueltan de golpe en un par de chubascos la mitad o más de la ración anual de lluvia, y siguen su carrera tan campantes. En consecuencia, se pasan meses y meses sin que el cielo escurra maldecía la gota, como dijo un poeta de la tierra, y de pronto se deja venir un turbión de agua que lo arrasa todo.

Esta manera de recibir la mísera asignación de lluvia anual que goza la comarca hace que sus tierras, extraordinariamente feraces, sufran una erosión constante y despiadada. Y el problema es viejo, porque el terreno lo acusa de un modo patente. No hay más que fijarse en la enorme profusión de barrancos, ramblas, ramblizos y correntales que surcan el suelo a cada paso. Son las cicatrices de ese feroz trabajo de erosión que ejerce la poca agua que dejan caer las nubes.

Contemplando ese panorama desolador de tantos barrancos profundos, de tantas ramblas y de tantos correntales de cauces descarnados, se inclina uno a pensar que las nubes no llegan a estas tierras en misión de paz para calmar su eterna sed, sino que



llegan siempre en son de guerra despiadada con el dedicado propósito de destruir el suelo, morderlo a grandes dentelladas y sepultarlo en el mar.

Ninguna comarca española presenta un cuadro de destrucción tan completo por efectos de la erosión pluvial, y por contraste, es la comarca de España donde menos llueve.

Sobre un mapa puede apreciarse claramente que esta gran porción de terreno está delimitada en sus contornos por una sucesión de sierras que forman el reborde de una especie de cuenco alargado, a modo de valle continuo, que se extiende de norte a sur unos cien kilómetros, por cuarenta de anchura de este a oeste. Es la depresión formada por los tramos finales del valle del Río Guadalentín y del Río

Almanzora. Dos ríos de curso más o menos paralelo en sus comienzos, pero que solo tienen de ríos el nombre, ya que de hecho no son otra cosa que simples conductos de desagüe, a modo de gigantescas atarjeas, destinados a evacuar con la mayor rapidez los turbiones de agua que de tarde en tarde bañan las sierras de sus cuencas.

Son ríos rigurosamente secos, al igual que lo son la multitud de barrancos y ramblas que a ellos afluyen a lo largo de su recorrido. Pero eso sí, son ríos de grandes ambiciones, con cauces imponentes, capaces de transportar miles de metros cúbicos de agua por segundo a velocidades de vértigo.

La naturaleza es sabia en todas sus realizaciones, y al dotar a la comarca de estos ríos atarjeas, tuvo la previsión de darles la suficiente anchura y desnivel para que las aguas corran sin agobio cuando las nubes se deciden a volcarla a cántaros.

La expresión "llover a cántaros" es propia de esta comarca, aunque por desgracia solo puede aplicarse con exactitud muy de tarde en tarde. Sin embargo, cuando el fenómeno se produce, tiene lugar lo que en el lenguaje local se denomina "la riá", que no es ni más ni menos, que salir el río con agua, cosa que siempre constituye un acontecimiento memorable, ya sea por los beneficios que reporta o por los desastres que ocasiona.

No me atrevo a describir una riada porque resulta algo muy difícil de explicar con palabras. Para captar la impresionante grandeza de este espectáculo es absolutamente imprescindible que los ojos contemplen la riada: que los oídos registren el fragor profundo de la riada, y que el olfato perciba el intenso olor de la riada. Porque aunque parezca extraño, las riadas tienen también olor. Es un olor muy peculiar que no se parece a ningún otro olor, pero que cuando se percibe una vez, ya no se olvida ni se confunde nunca.

Este fenómeno de las riadas no es privativo de los dos mencionados ríos, el Guadalentín y el Almanzora, sino que se produce igualmente en las innumerables ramblas que surcan la comarca. Pero entonces no se dice que hay "riá", sino simplemente que hay "ramblá", o que ha salido la rambla tal o cual.

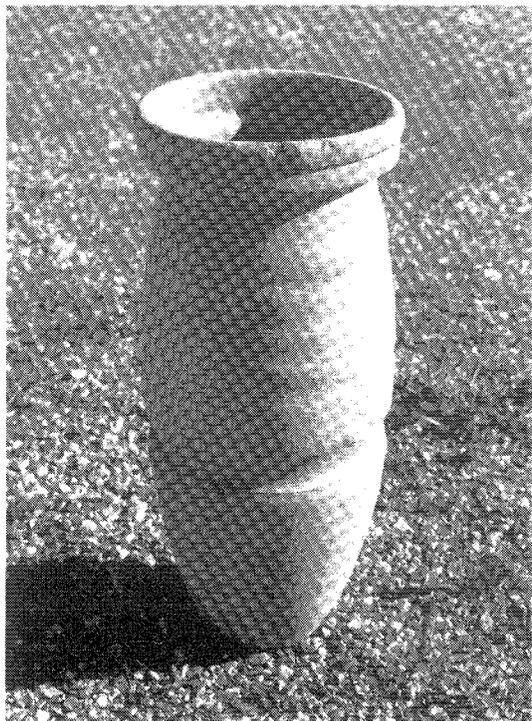
El lector ya habrá caído en la cuenta que con una pluviometría tan escasa, y una forma de llover tan irregular y anárquica, la vegetación de la comarca no puede ser muy espléndida; y está en lo cierto. La impresión dominante es la aridez; secano rabioso salpicado de pequeñas manchas de verdura que surgen en los pocos puntos donde existe algo de riego. Son contadísimos los montes de sus sierras poblados de árboles, y los pocos que hay, acusan de modo patente la falta de agua. Es por ello que la vegetación, adaptada a un medio tan extremadamente hostil y seco, es una vegetación raquítica, escasa y de poca utilidad para el ganado. En los montes y tierras incultas, el esparto y la tapenera (alcaparra) son las únicas plantas espontáneas que ofrecen una utilidad económica.

En las tierras labradas, que la mayoría de los años han de permanecer en barbecho forzoso por falta de lluvias en tiempo oportuno, el almendro, la higuera, el olivo y el algarrobo son las especies arbóreas que puntean con pinceladas de verdor el fondo dominante.

Por supuesto, que no todo el territorio de esta extensa comarca es puro secano de aspecto deprimente en los años que no llueve. Hay también zonas de regadío que rompen la monotonía del paisaje con alegres estallidos de verdor intenso. Entre estas zonas de regadío destacan por su extensión e importancia económica, la espléndida huerta de Lorca y los feraces pagos de Cuevas. Pero aparte de estas dos importantes zonas de regadío tradicional, existen

multitud de pequeñas huertas sembradas aquí y allá en las depresión del terreno. Son como pequeños oasis que surgen en los rincones más sorprendentes, allí donde aflora de las entrañas de la tierra una vena de agua viva, aunque esta vena sea tan pobre, que más que una vena "semeje" un finísimo poro.

Donde el agua no aflora por su pie a la superficie, pero da señales de encontrarse cerca, se le alumbró con pozos y galerías y se le hace salir valiéndose de rústicas y primitivas norias movidas con bestias.



*Jarro de  
noria  
o cangilón*



*Pozo de agua potable  
(Palomares)*